



5 de Octubre de 1968.

Muy estimado General y amigo:

Estoy convencido de que el actual conflicto estudiantil tiene hondas raíces en el conflicto de generaciones característico del mundo moderno y también en las circunstancias peculiares de nuestro país.

Yo he procurado hacer presente mi pensamiento en la Iglesia, sin poder ofrecer más solución que la urgencia de la comprensión mutua y del — Diálogo, que encierra más exigencias para el Poder público.

Me atreví a enviar sendos telegramas al Señor Presidente de la República y al Señor Rector a raíz de la desocupación militar de la Ciudad — Universitaria.

No entiendo la actitud ni los procedimientos del Poder, y sí me parece entender la exasperación de los estudiantes — aprovechada por muchos — ante el aparente desprecio y ante el aparato de la represión militar.

Atribuyo máxima responsabilidad a los escritores llamados de derecha por la provocación que constantemente hacen a través de deformaciones, — omisiones y malas interpretaciones de los hechos, pretendiendo interponer hasta la religión.

Así mismo, el mundo económico y político que tiene acceso a la publicidad, ha manifestado la ceguera que produce el deseo de mantener el — Status quo con adhesiones inconsultas que agravan la situación, pues provocan a mayor rebeldía.

Es natural que no se me oculte, ni quiera disculpar los errores de — los estudiantes, ni mucho menos que considere caso de fácil solución el — que se plantea al Poder público.

En estas circunstancias creo que una persona como usted, que está — más allá del vaivén de intereses mezquinos, que tiene experiencia refle— xionada y que por su ideología puede aún entender a la juventud, está en condiciones privilegiadas para interponer su prestigio ante el Poder pú— blico, para que se haga un esfuerzo generoso e inmediato tendiente a lo— grar una tregua que sirviese de periodo de negociaciones después de las — Olimpiadas.

No pienso que mi sugerencia sea la primera, ni que sea necesaria; —

##



- 2 -

pero satisfago una inspiración apoyado en la confianza.

Le reitero mi admiración y amistad.

+ Sergio Méndez Arceo
VII Obispo de Cuernavaca

Sr. General de División
Lázaro Cárdenas.

Pbro. Fidencio Rios Solano

DOMICILIO CONOCIDO
TONALA, OAXACA

Tonalá Octubre II de 1968.

Sr. General D.

Lazaro Cardenaz.

Mexico.

Sr. General:

Mi carta es muy particular y no toca para nada la politica actual, tanto porque nos ha prohibido esto nuestros superiores, como tambien porque la ley castigaria nuestra intromisión.

Mi carta va engendrada por la estimación que tengo a su persona y por el deseo que siento de decir a Ud que lo queremos como ya lo sabe y por eso nos interesa todo lo que se relaciona con Ud:

Lo felicito pues por sus declaraciones que he visto en el periodico, referente al conflicto estudiantil actual; lo felicito porque son razonadas, prudentes, patrioticas e imparciales, porque con ellas busca la paz y el sosiego, para la nueva generacion mexicana y para los que dirigen la nave del Estado; porque tambien defiende la Autodeterminación de los mexicanos como la desea para que la respeten los extranjeros.

Esto que hizo Sr. General es uno de los grandes servicios para Mexico, despues de la Expropiación oficial del petroleo, por todo esto y por su ahinco de servir a la patria desearia se declarara oficialmente hijo predilecto de Mexico.

Todo esto es confidencial, sin meterme en cosas que ni de bo ni me atañen.

Mis saludos como siempre con cariño y con respeto y que todo le salga bien

Afno y s.s.

Fidencio Rios Solano

Fidencio Rios S.

+ Sergio Méndez Arceo,

Obispo de Cuernavaca,

saluda al General
Lázaro Cárdenas afectuosamente y le adjunta una
copia de las palabras que leyó después del Evangelio
en las Misas de la Catedral de Cuernavaca el Domingo 27

Oct. 1968.

Hermanos: Desde esta misma Catedral, símbolo de mi servicio a la verdad, que afanosamente tenemos que buscar, seguros de que el Espíritu de Cristo nos la irá descubriendo, he procurado iluminarme para ustedes sobre el conflicto estudiantil.

He tenido particular gozo en que Sacerdotes de Morelos junto con otros hermanos suyos, hayan tenido el valor de proclamar humildemente la palabra en el ámbito nacional. - Así mismo un grupo más amplio subrayó aquí en esta ciudad los acontecimientos posteriores.

Ha sido alegría común el mensaje a la juventud del Comité Episcopal, rico en reflexiones conducentes a asociarnos a todos en las transformaciones urgentes para ir haciendo de la paz.

Hoy todavía se plantea el clima creado en la ciudad de México por el doloroso enfrentamiento. Hemos vivido acontecimientos que todavía son y serán motivo de vergüenza y de tristeza; pero que también son motivo de consuelo.

Es precisamente la participación de la juventud -no siempre por caminos acertados, - no siempre por medios legales-, lo que constituye una esperanza en estos días, porque se ha revelado consciente -aunque también impaciente-, del bien de México, interesada en su desarrollo y en participar en él.

No se puede menos de considerar positivo y consolador el hecho de que los jóvenes - hayan despertado así a una conciencia social y política, y que aporten a México una esperanza que es nuestro deber alentar.

Si los métodos escogidos por los jóvenes no siempre fueron acertados y legales, conviene no olvidar tampoco -como es la realidad y recuerdan los Obispos- "que vivimos en una sociedad que como toda sociedad en desarrollo, muchas veces se ve afectada por estructuras injustas, de las cuales todos somos responsables".

Esta es una situación que puede explicar la impaciencia de los jóvenes y hacer más comprensible su urgencia y su lenguaje, tantas veces incomprendido. Conviene no olvidar que nuestra incomprensión puede exasperar -y lo ha hecho- los ideales impulsivos de los jóvenes y exponerlos al aprovechamiento criminal.

Los acontecimientos desembocaron en un clima de terror, de denuncia, de tormentos, de presos intelectuales, de desconfianza general, que se ahondaba y que nos aislaba. Morelos ha vivido en su proporción algunos momentos críticos felizmente resueltos.

Parece que la tregua en que se celebró la XIX Olimpiada ha venido madurando. Las pláticas, que en su debido tiempo hubiesen evitado tantos males, han ido abriendo o los cerrazones o la mutua comprensión.

Podríamos sintetizar el anhelo común diciendo que deseamos ardientemente que al lado de las Olimpiadas Cultural y Deportiva, cuyo fin se acerca, inauguremos la Olimpiada del Civismo con una amnistía general. Que la certidumbre en los estudiantes y en la ciudadanía de la magnanimidad y del respeto a la justicia y del imperio de la libertad, borre el temor de que tenga lugar en México, después de la Olimpiada, un periodo de dureza, de represión, de mano férrea, de persecución al pensamiento y a su expresión.

Logremos el diálogo con ánimo firme y decidido. El diálogo es -como lo han reafirmado los Obispos- "mucho más que la simple información", "es creer en el hombre y amar - al hombre", es mucho más que hacer ciertas concesiones, es "comprender, buscar, aceptar y dar una comunicación que excluya la condenación apriorística; es querer el bien del interlocutor y una comunión mayor con él de sentimientos y convicciones".

Queremos creer todos, a pesar de los hechos lamentables, que la autoridad en México, no quiere llegar al endurecimiento, ni hay evidencia que lo compruebe. Pero el temor existe. Aunque tampoco parece que la situación general de México, en esta circunstancia y en esta hora, no aceptaría tranquilamente un renacimiento de la represión sangrienta y de la mano dura.

La amnistía en cambio está disipando todo temor y devolverá plenamente al pueblo la confianza en un Gobierno dispuesto al perdón, a la comprensión, a la autocrítica y al diálogo.

Queremos que la misma autoridad sea el líder de las demandas justas en un pueblo que las pide. Queremos que la autoridad sea capaz de discernir con oportunidad, sin arbitrios inquisitoriales, la paja del grano, la cizaña del trigo, los revolucionarios sinceros de los aprovechados y de los criminales.

Decían los Obispos identificándose con todos los hombres: "Si los rectores más responsables de la vida pública y social nos negamos a realizar la autocrítica, se corre el riesgo de que la esperanza de los desesperados se refugie en la violencia negadora de la paz".

Renovemos nuestra confianza en que las voluntades que hicieron posible la tregua, unidos con todos los mexicanos celebraremos la "Olimpiada" del civismo con la misma --

eficacia y éxito con que hemos celebrado a los ojos del mundo entero y con su aplauso
las Olimpiadas del Deporte y de la Cultura.

El Señor nos ilumine y fortalezca. Amén.

Oct 1968.